

Rubalcaba: Operación Maquillaje en marcha

Los resultados de las últimas elecciones municipales han sido claros. La credibilidad del PSOE es nula y sus dirigentes carecen de la confianza, incluso, de las propias bases del partido, que ha visto como el gobierno ha claudicado ante el capital y el mercado, traicionando los mínimos principios socialistas que deberían ser esperados.

Pintan bastos para las próximas elecciones generales, a menos de un año vista. Por ello el candidato previsto, Alfredo Pérez Rubalcaba, está obligado a dar un giro radical a los planteamientos del partido, si quiere recuperar un mínimo de la base electoral que le es propia.

Y a ello se a puesto con ganas, si hemos de hacer caso de las declaraciones y planteamientos surgidos en los últimos días. Acusaciones de falta de responsabilidad al sector bancario, recuperación de ideas tendentes a fiscalizar a quien más tiene, y otros guiños a la izquierda constituyen la primera ofensiva tendente a recuperar el electorado perdido.

Y en apoyo de este movimiento estratégico surgen también declaraciones de importantes personajes del partido. En este orden de cosas podemos enmarcar las manifestaciones del ex-barón del PSOE y ex-presidente de Extremadura, Juan Carlos Rodríguez Ibarra, quien manifiesta que la actitud de Zapatero habría tenido que ser la de dejar el gobierno en 2010 antes que claudicar a las presiones recibidas.

¿Pero, qué de cierto hay, y qué de fotomontaje en ese giro radical? No cabe la menor duda que la manifestación de intenciones del nuevo candidato va a permitir una cierta recuperación de la intención de voto para el PSOE. Pero ello está más relacionado con la necesidad de creer en dichos planteamientos, por parte del votante, que en un cambio real del partido. Son muchos los que se han sentido defraudados por la política socialista en el gobierno, por su claudicación ante los mercados. Pero también es cierto que una buena parte de ese voto que hoy se siente defraudado es incapaz de evolucionar a posturas más radicales. Son prisioneros de sus propios temores que, por una parte sienten ante el atropello de la derecha y el capital, y por otra ante un hipotético proceso revolucionario que pudiera poner patas arriba todo el sistema. Por ello, cualquier cosa que suene como una vía alternativa tanto al liberalismo salvaje, como a la incierta revolución, se convierte en un clavo ardiente al que aferrarse, por muy vacío de contenido real que este.

Sin embargo el mensaje de Rubalcaba es como esa silla que cojea. Si tan convencido está de lo que hoy manifiesta ¿Por qué no surgieron esas alternativas en el gobierno del que ha formado parte hasta hoy? Y si estaba en total minoría en el mismo ¿Por qué no dimitió en lugar de permanecer en un gobierno que seguía una línea de la que, al parecer, discrepaba totalmente? Lo mínimo que se puede pedir a alguien que nos pide un voto de confianza (después de todo eso es lo que son las elecciones generales) es que sea coherente en su actuación.

Decir hoy "Yo no estaba de acuerdo" es fácil, tan fácil como poco creíble. Tan poco creíble como que en ningún caso se plantea la derogación de la reforma laboral, mantiene el compromiso del pacto del euro y los objetivos del déficit (lo que implica un claro acatamiento de las imposiciones del mercado y, por tanto, una dejación de la soberanía popular, siguiendo por el camino de una pseudo-democracia, más ficción que realidad), y la propuesta de ligar la evolución salarial a los beneficios empresariales (lo que no puede ser calificado más que como una nueva agresión del capital a los trabajadores). ¿Dónde está el tan cacareado cambio? En ninguna parte.

En realidad estamos ante un número de magia en el que el mago de turno empieza a sacar conejos de la chistera. Solo son fuegos de artificio, por muy deslumbrantes que puedan parecer por un instante.

Es necesaria una alternativa política dispuesta a romper con todo lo establecido. Y esa alternativa, evidentemente, no es el PSOE. Para que, siquiera, pudiera acercarse a serlo, todos los actuales dirigentes deberían ser barridos y sus puestos ocupados por sangre nueva no contaminada, cosa harto improbable.

¿Hasta que punto le servirá esta estrategia para recuperar votos? Hoy es difícil saberlo. Que al PP les preocupa, es evidente. Tanto los ataques desaforados contra Rubalcaba, vengan o no a cuento, como la machacona petición de adelanto de elecciones, son evidentes muestras de nerviosismo. Cuanto más tiempo transcurra hasta la celebración de los comicios, más obligados están a clarificar su programa, en especial en aquellos temas que el movimiento del 15-M ha puesto sobre el tapete, lo que puede levantar verdaderas ampollas. También resulta evidente que no pueden plantear un programa que no contemple las exigencias del mercado, pues ellos son los representantes políticos naturales del mismo. De hecho ya se han dado contradicciones en sus declaraciones. Por una parte reclaman la necesidad de sacrificios y por otra aseguran que mantendrán el "estado de bienestar", algo que es contradictorio en sí mismo.

El PP es consciente de su tope electoral. Si repasamos los grandes números de votantes en las últimas elecciones, el total de votos conseguidos por el PP ha variado poco. Lo que al final ha dado la victoria a uno u otro partido ha sido la mayor o menor abstención, fundamentalmente de voto de izquierdas. Por ello el PP sabe que una recuperación del PSOE, aunque sea parcial, puede poner en peligro su augurada victoria, en especial dejándoles sin mayoría absoluta, lo que, dependiendo de la composición final de la cámara, podría convertir esa victoria en un caramelo envenenado.

Pero más allá de las trifulcas entre los dos grandes partidos, lo mejor que podría pasar es que las protestas vividas estos meses se concretaran en una formación política dispuesta a romper con todo lo establecido. No estoy hablando de ganar unas elecciones ni mucho menos. Simplemente de dar voz al descontento en la Cámara de Diputados. Un proyecto a largo plazo.